

Jerusalén

I

JERUSALEN, inextinguible resplendor de espiritualidad. Ciudad de amor y desamor; coexistencia desgarrada; asajada por las huellas profundas del tiempo y ciudad del tiempo detenido. Encrucijada de la historia, hacia donde convergen, todavía hoy, los ojos y los corazones de centenares de millones de hombres, separados, sin embargo, por hondas divergencias. Ciudad de atracción y de repulsa. Ciudad de la Palabra de Dios y del sordo aturdimiento del hombre; ciudad de los gritos de los hombres y del silencio de Dios. Aquí resonó la palabra más inefable de amor que se ha dicho al mundo; pero la entraña de Jerusalén, al igual que su colina, permanece siempre desgarrada por los odios, los intereses y las ambiciones de los hombres.

Ciudad de contrastes y contradicciones; de corazón partido en dos por el cuchillo de dos Estados, que se atibaban y espían, alertas siempre, en armas siempre.

Ciudad árida, pedregosa, sucia, rumorosa, estrecha y maloliente. Ciudad estática, iluminada, moteada de olivares verdeplata, puntuada de oscuros cipreses, perfumada de rosas y laureles.

"Olivos de luz oculta iluminan la antigüedad cerca de las murallas."

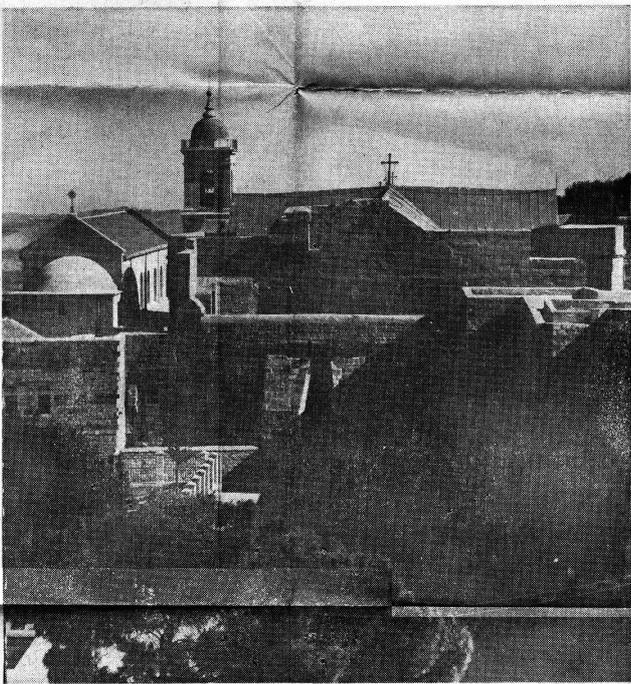
"Giran las estaciones del año con música de almenaras en un vasto espejo de colinas pétreas y pastores."

(Gerbsai: "Olivos de eternidad", pág. 59.)

"Lenta pasa la historia veo una caravana de camellos en la lejanía."

(Ib. pág. 31.)

Ciudad de tiempo detenido y ciudad lanzada al porvenir. Para llegar a ti, Jerusalén, hay que llegar con ojos limpios y corazón desprejuiciado y encendido con un amor recordatorio, como brasa que ilumina entre cenizas.



espíritu, como uno de esos relámpago-rayo-truenos de que nos hablara el profesor David García Bacca ("El Nacional", 22 mayo 1966). En el caso cárdeno de la Jerusalén judía, Cristo fue un relámpago fúez, una descarga desproporcionada de una poderosísima energía espiritual. El ruido trueno del trueno se oyó unos cuarenta años después.

Pero no se desvaneció esa fuerza espiritual. Fue recogida por una pequeña comunidad que, iluminada por el misterio de la Pascua, el fuego del Espíritu y el viento impetuoso de Pentecostés la diseminó por todos los ángulos del mundo.

"A la Verdad — como escribe Teilhard de Chardin — hasta aparecer una sola vez, en un solo espíritu, para que nada pueda jamás impedirle invadir todo y de inflamarlo todo." ("Le Christique", citado por Lubac: "La Pensée religieuse de Teilhard de Chardin", pág. 19.)

V

"Desde la antigüedad de tu Libro, manchado de sangre de corderos, abierto al sol como grado de amapolas, donde una vez Job aglomeró sus bienes, yo he sabido a tu piedrad Jerusalén, ciudad del cántico del alba, amarallado ámbito de paz, tumba de David."

"... y toda unidad te levantas como un templo que pasa del sol a las estrellas en la brisa plateada de los olivos."

"Te circundan niños, labradores, ovejas, en claras laderas de espigas. Y con tus pétrosos precipicios corridos, y tus cipreses que suenan como oscuros truenos, y los almenaras que florecen junto al cielo, y las campanas que dan lumbré metálica al Calvario, resplandeces en el tiempo como una corona."

(Gerbsai: "Olivos de eternidad", págs. 7 y 8.)

He llegado hasta ti, Jerusalén sagrada. Me he postro en el lugar de la tumba del Señor, en una iglesia ruinosa que la desunión de los cristianos no permitieron construir de veras. Y hasta mi Señor subió mi oración, una limpia oración de fe, sin asidero alguno humano, con los ojos cerrados para poder abstraerse del presente y poder encontrar a mi Señor, como María de Magdala ante el sepulcro vacío en la mañana de la Resurrección.

Un amago de llanto peritanz me andaba la voz en mi Misa sobre el Litolítratos, al lado de las losas que aún conservan las huellas de los juegos de los soldados romanos. Como dos estrellas en el fondo de un pozo, se reflejaban en mi alma la luz tristísima de los ojos del "Ecce Homo".

Una tarde lluviosa, con agua arrastrando el fango de las sucias callejuelas, recorí la Vía Dolorosa; metiéndome en lo más hondo de mi mismo para encontrar a mi Dios y zafarme de todo lo que me rodeaba; de vendedores que me ofrecían en árabe todo lo vendible, del olor de pescados en descomposición, de la vista de caballos y corderos desollados que casi rozaban mi hombro por el estrecho Souk.

Me he pegado con mi fe a un pequeño ángulo del Calvario y, al celebrar allí mi Misa, sentí mis manos florecidas por la misma sangre redentora.

He estado en el Cenáculo, limpio y desguarnecido, con la maciza sencillez de la labrada piedra de los Cruzados. Nada estorba aquí nuestra oración: este vacío está lleno de la total presencia de Dios. En esta ausencia se siente muy cercana la presencia de la Cena y del último adiós de Jesús.

Jerusalén, ciudad santa y manchada, de trágica y desgarrada historia, raiz tenaz que renace siempre entre las ruinas.

Ciudad de la fe. "Casa de Yaveth", del Dios de la alianza de los Judíos, del Dios Trino de los Cristianos, del gran Alah de los Musulmanes.

Quien visite a Jerusalén debe ir con las pupilas limpias por la fe y el corazón abierto por el amor; pero también con los ojos somerizados y, en el alma, un leve toque de poesía. Se necesitan la fe y el amor para llegar hasta la entraña espiritual de la ciudad. Fe incansable que busca y amor comprensivo que penetra y comprende. Pero oídos cerrados a las innumerables consejas que lo aturdirán desde todos los rincones y poder llegar hasta la verdad histórica y sagrada. Un toque de evocación y poesía para hacer revivir un pasado glorioso en un presente vulgar y, hasta en ciertos aspectos, desagradable. En pocas partes adolora tanto la división de los cristianos y perturbada tanto la actividad fénica como en la Santa Ciudad de Jerusalén.

La fe, el amor y la poesía deben iluminar un desagradable presente con una cordial y estremecida evocación.

Visitámos las Tumbas de los Reyes. Después de haber penetrado, con fatigoso trabajo, por túneles estrechos hasta cubículos oscuros y vazcos; al volver a la luz, subiendo los milenarios y ampliosos escalones de piedra, en una gruta, casi perdido entre los grandes bloques de roca tallada, descubrí un lirio pequeño, de un amarillo tierno y sensitivo; abierto a duras penas entre las piedras, gracias quizás a la lovizna de la noche pasada.

Se necesita en el alma un toque de poesía para, después de un caminar fatigoso e inútil, encontrar entre tanta miseria y destrucción, dulce y silenciosa, la sonrisa de Dios.

Luis E. Henríquez
Obispo Auxiliar de Caracas

II

MI primer contacto con Jerusalén no fue placentero. Para poder visitar los Santos Lugares fue menester entrar por Jordania. Cerca de las ocho de la noche el jet nos dejó en el aeropuerto de Ammán. Un grupo de obispos, de todos los continentes, finalizada la Tercera Sesión del Concilio Vaticano II, iban en peregrinación a Tierra Santa. En esa Sesión se acababa de dar la primera aprobación general al Decreto acerca de la actitud de la Iglesia con los no cristianos y especialmente con los judíos. Esto había encrespado la opinión en los países árabes. La recepción en Ammán no fue cordial. Larga espera en un pequeño salón caluroso.

Finalmente, en anticuados autobuses, tomamos el camino de Jerusalén. Buena carretera asfaltada, pero de continuas curvas, que sube sin descanso desde más de trescientos metros bajo el nivel del mar hasta cerca de ochocientos sobre ese nivel.

Llovía casi de continuo. Era una noche oscura y sin estrellas. No la noche de Palestina que hiciera vibrar a Gerbsai:

"La noche, en colinas de piedra tiene azul de deshielo bajo el firmamento que se mueve en planetas."

(Ib. 19.)

Un viaje, en noche de llovizna, por una carretera curvante a través del desierto de Judá, es triste y desolado.

Son los últimos días de noviembre. Mientras ascendemos hace cada vez más frío.

Pasada medio noche, llegamos a Jerusalén. Los autobuses nos dejan delante de la puerta de San Esteban, donde la tradición afirma fue apedreado el primer mártir cristiano. La estrechez de las calles impide el paso de autobuses dentro del recinto amarillado. Pero ya nos esperaban automóviles americanos, casi de último modelo; taxis lujosos en chocante contraste con las callejuelas miserables. Giran y reptan. Imposible orientarse en la noche entre este dedal de callejas mal alumbradas. Tampoco los taxis pueden avanzar más. Es necesario continuar a pie hasta nuestro hospedaje, en el barrio cristiano de la vieja Jerusalén. Continuaba la llovizna: el agua corría por las quebradas y rípidas callejuelas, con frecuentes escalones y desniveles.

Todo me parecía extraño, irreal, entre aquellas casas de piedra, de una ciudad viejísima, sumergida en un silencio total, en el que nuestros pasos sobre las losas tenían extrañas resonancias.

Al día siguiente, la luz del amanecer transfiguraba las cosas. La lluvia había lavado la ciudad. Las piedras de las casas tornaban un color dorado, casi de miel.

Al repasar el camino recorrido, caí en cuenta de habernos apeado en la noche frente al Palacio del Patriarcado Latino. En la curva de la calleja, asomándose sobre un muro bajo de piedra, se veía la copa de un ciprés florecido.

Al declinar el día, pude contemplar la ciudad desde la cumbre del Monte de los Olivos, a la luz de un ocaso lento, transido en melancolía.

A mis pies, la ladera del monte, salpicado de iglesias y capillas, rodeadas de olivares y cipreses, descendiendo hasta el fondo de la garganta del hoy seco torrente de Cedrón.

En la empinada y áspera ladera de enfrente, en la cumbre de la colina, el macizo cuadrilátero de las murallas de Solimán. Dentro de ellas, a nuestra izquierda, en el ángulo sureste, la antigua explanada del Templo, viejo cuartel de Judá, hoy "Haram-es-Sherif", lugar sagrado de los musulmanes, donde resplandec

gloriosa la cúpula de la mezquita de Omar. Dentro de la misma explanada, más a nuestra izquierda, entre flores, pinos y cipreses, la no menos suntuosa mezquita del Aca.

Fuera de los muros, al sur, la colina oriental, donde se alzó la primitiva ciudad hebrea y la ciudad de David, va descendiendo en lento declive hacia el profundo valle del Hinnón o de la Gehenna, tan mal famoso en la Biblia. En la confluencia del Cedrón y del Hinnón, donde está el actual pabellón de Sioah, estaba la antigua piscina de Sioh.

Mirarretes y campanarios asoman tras las murallas. Al norte, a nuestra derecha, ya fuera de los muros, la moderna Jerusalén árabe.

En el fondo, como abrazando a la ciudad antigua, la moderna Jerusalén hebrea que empieza, bajo nuestra vista, en la antigua colina occidental, llamada hoy eróticamente monte de Sión, cubierta de verdura y de flores. En su cumbre, campea sobre campanarios y mirarretes, la maciza mole y el campanario de la iglesia de la Dormición de María, que, desde la lontananza, toma aspecto de castillo.

En sus cercanías, uno de los lugares más venerados y queridos del corazón cristiano: el Cenáculo de la Última Cena y Despedida del Señor.

En adelante la Jerusalén hebrea, pujante, "moderna y desenvuelta" (Arceinagas), de arquitectura funcional, que se ampara en todas partes del mundo, sólo que aquí esas colinas calcáreas, donde piedra y árbol se traban en perenne lucha, le dan un aspecto inolvidable.

Cae la tarde, el sol que tenemos de frente, empieza a declinar, a hacerse tibio, acariciador; a poner púercadas de oro viejo sobre las murallas, las torres, los minaretes.

El macizo de piedra de la ciudad es casi tierno, melancólico, tenuemente luminoso.

En esta contemplación me penetran profundamente los versos de Gerbsai:

"Un día he estado con mi alma..."

(Pág. 38.)

"...me duelo entre cipreses que ascienden oscuros, en una soledad melódica del tiempo."

(Op. c. pág. 38.)

III

Alzada sobre dos colinas o montañas calcáreas, Jerusalén antigua es toda de piedra. Piedras labradas laboriosamente, alzadas y sobrepuestas con amor y dolor:

"Roca a roca construyes tus moradas y toda unida te levantas como un templo que pasa del sol a las estrellas en la brisa plateada de los olivos."

(Gerbsai, op. c. pág. 7.)

Cuántas veces en su larga historia de Jerusalén no quedó piedra sobre piedra; y cuántas, afanosamente, recogieron las piedras del montón, labraron otras nuevas para resucitar la ciudad.

Germsán Arceinagas avizoró la luz que se tamiza y se cuele por los resquicios de estas piedras: "De piedra — escribe — son las viejas murallas, de piedra los templos, de piedra las casas humildes. Cortan aquí la piedra en bloques de dos palmos de largo, y no le pulen la cara, como para que se recuerde que con hierro las arrancaron a la roca virgen. La piedra es rubia, de color de azúcar morena, con la entraña rosa. Cada roca es una lámpara de piedra que tiene adentro encendida luz. Así, su entraña es o una rosa, o una herida, o una llana. Por eso Jerusalén no es ni fría, ni dura. La piedra lleva, con su sangre bíblica, su reconditos florida. Vista desde lejos la ciudad es una lección de geometría sacada de las peñas. No alcanza el ojo a descubrir el rubor que va por dentro. Pero está ahí, en este rubor, está lo que encanta y no se ve."

"En Jerusalén... las rosas están por dentro. Hay que acercarse a los muros soberbios, o a los humildes, para ver que la brasa está ahí, el resplendor, candela bajo ceniza." (G. Arceinagas: "Entre el mar Rojo y el mar Muerto", pág. 24.)

En busca precisamente de esta brasa, de esta candela, de este resplendor, como tantos millares de millares de hombres a través de los siglos, venimos a Jerusalén, ascendemos por su historia, abandonamos su geografía.

"Yo subo a ti, Jerusalén, llevado por el oscuro viento de los siglos, piedra a piedra."

"y allí, entre tus muros de hueso carcomido, abro tu Libro bajo los relámpagos."

(Gerbsai, op. c. pág. 9.)

IV

En una pequeña ciudad cercana, acurrucada entre los montes de Judá, en Bet-lejem, nace JESUS, el Señor, el Hijo de Dios, de una doncella de la decencia y olvidada estirpe de David. Joven aún, muere crucificado en Jerusalén. Su breve y trágico paso dejará en ella una huella imborrable. En adelante será la Ciudad Santa por excelencia, centro de gravedad de las tres grandes religiones monoteístas: de judíos, cristianos y musulmanes.

El puso en ella para siempre esa luz inextinguible en el corazón de sus piedras, que les da, en su dureza, ese color tierno de miel.

Ciudad santa, centinela en la noche, que anuncia para siempre la mañana. (Cf. Isaías, 21, 11.)

El acontecimiento clave que cambió el rumbo de la humanidad y que, para nosotros, es el hecho único, irrepetible de la intervención salvadora de Dios en su pueblo y en la humanidad toda, pasó descomunalmente por Jerusalén. Fue, en el orden del